

# La fe, un término polisémico\*

## Faith, a polysemic term

Reemplazar por: 14-08-2019. Aprobado: 30-09-2019

**Pedro Pablo Zamora Andrade**  
**Fundación Universitaria San Alfonso-Colombia**

### Resumen

En el imaginario de nuestra gente, la fe se considera un fenómeno esencialmente religioso. Sin embargo, la fe también es un fenómeno antropológico. Es más, lo antropológico precede a lo religioso. Contrario a lo que piensa la moderna razón crítica, el ser humano es, por naturaleza, un ser «creyente». Gran parte de nuestro aprendizaje lo realizamos creyendo. Y muchas de nuestras seguridades se basan más en la fe (confianza) que en los propios conocimientos científicos o en las evidencias objetivas.

¿Qué es la fe? Ante una pregunta tan antigua esperaríamos encontrar una respuesta clara y precisa, pero la realidad no es así. Dependiendo de la información que utilicemos, los acentos pueden variar en una u otra dirección. Es más, las mismas escrituras judías y cristianas nos

presentan varias posibilidades: la fe puede ser sinónimo de confianza; pero también hace referencia a una experiencia íntima («conocer»), a la respuesta que el ser humano realiza cuando se siente interpelado por Dios o a la nueva visión que el ser humano obtiene a raíz de la fe. En otros casos, la fe está relacionada con el efecto positivo que esta experiencia o conocimiento produce el comportamiento del ser humano. Por eso, la fe aparece íntimamente unida a las obras. El «converso» se comporta de una manera distinta, dejando atrás el pecado, los vicios y mejorando en lo que tiene que ver con sus defectos, debilidades e inconsistencias. Todo lo anterior tiene que ver con la fe. Por eso afirmamos que la fe es un término «polisémico», es decir, que tiene varios significados. En algún momento podemos enfatizar algún significado más que otro, pero no debemos olvidar que el bosque tiene más árboles. Nuestra recomendación

---

\* Para citar este artículo: Zamora Andrade Pedro Pablo. La fe, un término polisémico. *Universitas Alphonsiana*, 36(2019):175-192.

\*\* Presbítero redentorista. Doctor en teología por la Pontificia Universidad Javeriana, de Bogotá (2011). Profesor de la Fundación Universitaria San Alfonso y catedrático de materias como Iniciación a la teología, Cristología, Métodos en teología, Eclesiología y Antropología teológica. Además de su tesis doctoral (*Vaticano II, cambio de modelo teológico y su influjo en el estatuto epistemológico de la teología, de la identidad de los teólogos, de sus funciones y de su relación con el Magisterio eclesiástico*), ha publicado varios libros con La San Alfonso. Así mismo, ha escrito varios artículos para revistas nacionales.

es a mirar el cubo por todos los lados para tener una visión holística de él.

**Palabras clave:** Creer, experiencia de Dios, confianza, respuesta, nueva visión, obras

## Abstract

In the imaginary of our people, faith is considered an essentially religious phenomenon. However, faith is also an anthropological phenomenon. Moreover, the anthropological precedes the religious. Contrary to what modern critical reason thinks, human beings are, by nature, a “believing” being. Much of our learning is done by believing. And many of our assurances are based more on faith (trust) than on one’s own scientific knowledge or objective evidence.

What is the faith? Before such an old question we would expect to find a clear and precise answer, but the reality is not so. Depending on the information we use, accents may vary in one direction or another. Moreover, the

same Jewish and Christian writings present us with several possibilities: faith can be synonymous with trust; but it also refers to an intimate experience (“knowing”), to the response that the human being makes when he feels challenged by God or to the new vision that the human being obtains as a result of faith. In other cases, faith is related to the positive effect that this experience or knowledge produces in human behavior. Therefore, faith appears intimately linked to works. The “convert” behaves in a different way, leaving behind sin, vices and improving in what has to do with its defects, weaknesses and inconsistencies. All of the above has to do with faith. That is why we affirm that faith is a “polysemic” term, that is, it has several meanings. At some point we can emphasize some meaning more than another, but we must not forget that the forest has more trees. Our recommendation is to look at the cube from all sides to have a holistic view of it.

**Key words:** Believe, experience of God, trust, response, new vision, works

## Definiciones de la fe o sobre la fe

¿Qué es la fe? ¿En qué consiste? ¿Para qué sirve? Son preguntas que siempre se han repetido a lo largo de la historia de la humanidad. Sin embargo, las respuestas no son unívocas. Dependiendo de la fuente que se utilice (Escritura, Magisterio eclesiástico) o del ángulo desde el que se mire o se analice el asunto, los acentos pueden variar. Por eso hablamos de la fe como un concepto «polisémico». Lo ideal es tener una visión holística del asunto que una perspectiva parcial o, peor aún, parcializada.

Al definir lo que es la fe es posible encontrar la siguiente tautología: fe es creer y creer es tener fe. En esto puede haber algo de razón porque el término “fe” (πίστις) aparece en el Nuevo Testamento unido al verbo “creer” (πιστεύειν). Mientras el sustantivo πίστις aparece 243 veces, el verbo πιστεύειν es mencionado en 241 oportunidades.

Ahora bien, nuestro lenguaje coloquial utiliza el verbo «creer» en diferentes contextos, a saber: «creo que», «te creo» y «creo en ti»<sup>1</sup>. La expresión «creo que» indica una posibilidad, no una seguridad objetiva («creo que hoy va a llover»). La persona que hace este tipo de aseveración tiene indicios o elementos para afirmar lo que dice, pero no es algo incontrovertible. «Te creo», en cambio, se refiere a la afirmación que hace una persona (Miguel le dijo: «Ayer no pude venir porque estaba indispuesto»). Ella contestó: «Te creo»). La fórmula supone una confianza limitada y está circunscrita a una afirmación concreta.

La expresión «creo en ti», en cambio, ya no hace referencia a una afirmación concreta sino que tiene que ver con toda la persona, con su ser, con su forma de actuar. «Creo en ti» significa «confío en ti». Es una relación que se caracteriza por la confianza plena en la otra persona. A la base de esta confianza hay, sin duda, un conocimiento añejado por el tiempo y la constancia en el obrar. «La confianza se gana con mil actos y se pierde con tan sólo uno», dice la sabiduría popular.

En el campo de la fe religiosa, las expresiones «te creo» o «creo en ti» guardan una estrecha relación. Hoy es muy común escuchar que la fe no implica solamente «creer en Dios» sino en «creerle a Dios» («te creo»). Abrahán es el prototipo del hombre de fe: “Creó Abrahán a Dios y Dios se lo tuvo en cuenta para su justificación” (Gn 15,6; Cfr. Rm 4,3; Gal 3,6). Cuando Dios habló a Abrahán acerca de su descendencia, que sería tan numerosa como las estrellas del cielo, Abrahán le creyó. No había ninguna evidencia natural o física porque él y su esposa eran ancianos y no habían tenido hijos. Abrahán le creyó a Dios, a su promesa, y se movió en esa dirección (Gn 21,2).

En este contexto ubicamos la definición de fe presente en el catecismo del P. Gaspar Astete. A la pregunta: ¿Qué es la fe?, respondía: “Creer lo que no vemos porque Dios lo ha revelado<sup>2</sup>”. La fe implica una especie de “salto en el vacío”. Hay cosas o realidades que no hemos visto o de las cuales no tenemos experiencia, pero debemos creerlas porque Dios nos ha dicho que existen o van a suceder (como en el caso de Abrahán, Noé o María de Nazaret).

Creerle a Dios es la base de todos los pactos de Dios con el ser humano y no creerle a Dios es tenerlo por mentiroso (1Jn 5,10). No creerle a Dios es ofender su dignidad y asumir una actitud peor que la de aquellos que niegan su existencia o la consideran nociva para el ser humano. La otra expresión: «creo en ti» la desarrollaremos más adelante cuando hablemos de «la fe como una actitud de confianza del ser humano en Dios o en Jesús».

---

<sup>1</sup> Cfr. Heinrich FRIES. *Teología fundamental*, 25-26.

<sup>2</sup> *Catecismo de la doctrina cristiana*, 39.

La carta a los Hebreos dice al respecto: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (11,1). Según esta definición, la fe nos ofrece garantías, pruebas, anticipos. En otras palabras: nuestro abandono en Dios implica ciertos adelantos que nos dan seguridad sobre lo que Dios ha prometido. La fe ofrece seguridades, pero no certezas absolutas; siempre habrá un espacio para el salto confiado.

Una definición muy predominante en el mundo occidental es la siguiente: “La fe es adhesión intelectual a las verdades que Dios ha revelado.” Detrás de esta definición está el concepto aristotélico de verdad: *Adaequatio rei et intellectus*, es decir, conformidad del objeto con la mente. La revelación bíblica aparece como una doctrina comunicada por Dios a través de mediadores (Moisés, los profetas, Jesús). Es una doctrina que el ingenio humano nunca hubiera podido descubrir o elaborar<sup>3</sup>. Por eso, Dios la desvela y pide al ser humano que la acepte, aunque no la entienda totalmente. Sobre este punto volveremos más adelante cuando abordemos «la fe como respuesta del ser humano a Dios que se revela».

## ¿Qué es la fe?

Un elemento recurrente en las definiciones de teología que se encuentran en diccionarios y artículos es la fe. En algunos casos aparece como “objeto” (*Fides quaerens intellectum* –la fe que busca entendimiento [san Anselmo])– o como una perspectiva desde la cual reflexionar sobre la “praxis histórica de la liberación” (Gustavo Gutiérrez) o sobre la “revelación divina y la realidad humana” (Vaticano II). Por eso, nos parece pertinente dedicar un espacio para reflexionar sobre lo que es la fe.

Comencemos diciendo lo siguiente: la «fe», antes de ser un fenómeno religioso, es un fenómeno antropológico<sup>4</sup>. El ser humano es esencialmente un ser «creyente», aunque esta constatación le incomode a la moderna razón crítica. Gran parte de su aprendizaje lo realiza creyendo. Y muchas de sus seguridades se basan más en la fe que en los propios conocimientos científicos o en las evidencias objetivas<sup>5</sup>. Si eliminara de sus archivos todo lo que ha aprendido creyendo a otras personas o todas las supuestas seguridades científicas que tienen como base la confianza en

<sup>3</sup> El Vaticano I, por ejemplo, afirma: “La doctrina de la fe que Dios ha revelado, no ha sido propuesta como un hallazgo filosófico que deba ser perfeccionado por los ingenios humanos, sino entregada a la Esposa de Cristo como un depósito divino, para ser fielmente guardada e infaliblemente declarada” (DH 3020).

<sup>4</sup> Cfr. Felicísimo MARTÍNEZ DÍEZ. *Teología fundamental. Dar razón de la fe cristiana*, 118-123.

<sup>5</sup> La fe también tiene que ver con asuntos tan triviales como: la confianza en el conductor del bus, en el piloto del avión (o en el avión mismo), en el cirujano que nos va a operar, en la medicina que el médico nos recetó, en la comida que ingerimos en casa o en el restaurante, etc.

médicos, ingenieros, físicos químicos, biólogos, filósofos o teólogos, el hombre y la mujer contemporáneos se quedarían con un caudal muy exiguo de conocimientos.

Así mismo, el término «fe» es polisémico, es decir, tiene varios significados que proceden de contextos distintos. Lo ideal es integrarlos porque su separación o su acento unilateral nos impedirán una aproximación satisfactoria al asunto.

Puede hacer referencia, por ejemplo, a una experiencia existencial o al camino que fue necesario para llegar a la fe; al acto de creer (*fides qua creditur*) o al contenido de la fe, al Credo (*fides quae creditur*). Puede tener que ver con algunas actitudes del ser humano como la confianza, con su capacidad dialogal o responsorial, con unos comportamientos determinados por la ética o la moral religiosa. Así mismo, puede tratarse de una visión nueva, distinta a la visión natural. A continuación desarrollaremos brevemente los significados más importantes del término «fe» o del verbo «creer».

## **1. La fe como consecuencia de una experiencia existencial de Dios o de Jesús resucitado**

Los místicos y los fundadores de las grandes religiones nos hablan siempre de una experiencia de Dios al inicio de su conversión y de su obra<sup>6</sup>. Estas experiencias son presentadas como únicas, reducidas a un grupo de selectos y base del testimonio. Abrahán o Moisés tuvieron una experiencia existencial de Dios; los apóstoles, Pablo, Agustín o Francisco se encontraron con Jesús resucitado. Este encuentro cambió sus vidas y los convirtió en testigos privilegiados.

No faltarán personas que se pregunten si es posible una experiencia de Dios, el totalmente Otro, o de Jesús resucitado. Porque hay la impresión de su imposibilidad por la trascendencia de Dios y la inmanencia del ser humano. Además, los testigos de estas experiencias se pueden contar con los dedos de la mano. Los demás mortales parecen conformarse con creer de oídas y caminar por la vida con un montón de dudas y de preguntas que nadie se atreve a responderles.

Sin embargo, la experiencia religiosa es un componente fundamental en relación con la fe. Por tanto, lo ideal sería que, cada creyente, fuera un místico, un testigo de lo que anuncia. Lastimosamente no es así y nos preguntamos el por qué. Tal vez

---

<sup>6</sup> La "experiencia" designa una forma peculiar de conocimiento. La experiencia religiosa puede darse acompañada de visiones u otros apoyos perceptivos y, también, sin tales apoyos. Decisivo en el hecho religioso es que el sujeto no sólo percibe la presencia de Dios, sino que la reconoce y la acepta. Cfr. Juan Martín VELASCO, "Experiencia religiosa", en Casiano FLORISTÁN y Juan José TAMAYO (eds.), *Conceptos fundamentales del cristianismo*, 478-496.

a los místicos se les olvidó compartirnos en detalle su experiencia, hablarnos del camino que ellos siguieron hasta «conocer» a Dios<sup>7</sup>, o –tal vez– la dificultad está en el lenguaje humano, tan limitado para hablar de cosas que no son tan comunes, tan cotidianas, o que están más allá del mundo físico.

En la experiencia de Dios podemos mencionar dos polos fundamentales: Dios que atrae al ser humano y el ser humano que busca a Dios. Según san Agustín, Dios sembró en el corazón del ser humano ese deseo de buscarlo: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Algunos estudiosos del fenómeno religioso (Rudolf Otto, Mircea Eliade, por ejemplo), afirman que Dios es un misterio “tremendo y fascinante”. Al mismo tiempo que produce temor, atrae al ser humano para que lo busque.

Cuando estos dos elementos confluyen, entonces sucede la experiencia de Dios. Dios atrae al ser humano a la manera de un imán y el ser humano se deja atraer como el metal. Ahora bien, no todos los seres humanos se dejan atraer de esta manera. Algunos lo hacen de vez en cuando, por conveniencia o por necesidad. A los que buscan a Dios con insistencia, con pasión, con intensidad y hasta de manera obsesiva, las tradiciones religiosas los llaman “místicos”. Al místico le cabe aquella afirmación bíblica: “Al que busca, encuentra” (Mt 7,8). Dios es el premio para quien lo busca como el sediento persigue la fuente de agua (Sal 41,2). A Dios no se lo encuentra fácilmente. Dios solo revela su rostro, su ser interior, al que lo busca de manera infatigable (Sal 41,3).

Por tanto, Dios siempre será una posibilidad al alcance del ser humano; pero es necesario que la criatura se ponga en camino y cambie de frecuencia de onda para que pueda percibir la presencia de la divinidad. Esta experiencia nunca sucede mientras el ser humano se encuentra inmerso en sus actividades y preocupaciones cotidianas. El ser humano tiene que buscar un espacio adecuado y subir de nivel<sup>8</sup>. Un ambiente donde sea posible el silencio exterior e interior. Un lugar despoblado (Mc 1,35), un huerto (Lc 22,39-41) o la propia habitación, pero con la puerta cerrada (Mt 6,6), pueden ser un lugar ideal. Dios habla en la soledad del desierto: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2,16)<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> La excepción a la regla es, tal vez, el libro “Las moradas del castillo interior”, de santa Teresa de Ávila. El libro “Las confesiones”, de san Agustín, narra más de su experiencia de conversión que de su experiencia de Dios.

<sup>8</sup> Dios no es un objeto al lado de otros objetos. Es un Espíritu y para acceder a Él se deben transitar otras vías. Tal vez a eso se refería el Señor Jesús cuando afirmaba que “Dios es espíritu, y los que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad” (Jn 4,24).

<sup>9</sup> Mahoma se retiraba todos los años a una cueva del monte Hira para dedicarse durante un mes a ejercicios piadosos, tal vez emparentados con las prácticas ascéticas de los monjes sirios.

Así mismo, es necesario entrar en un ambiente de contemplación (nivel alfa o meditativo)<sup>10</sup> que nos permita entrar en contacto con el Misterio. Este nivel no es común y necesitará de práctica, de muchos intentos, hasta que la constante repetición lo haga posible. La búsqueda se puede acompañar de jaculatorias como: “Tu rostro busco, Señor; no me escondas tu rostro”; “Tú eres el Dios escondido, el Salvador” o “Como busca el sediento las fuentes de agua, así te busco a Ti, Dios mío”. Quien resulte agraciado con la presencia del Dios Altísimo tendrá que reconocerlo, disfrutar de su presencia y aprovechar el momento para hacer una toma profunda de conciencia. En este camino hay unas preguntas obligatorias: ¿Ante quién estoy?, ¿quién soy yo?, ¿por qué lo busco? Las respuestas nos permitirán centrar nuestra vida sobre lo esencial (sabiduría), nos darán estabilidad emocional, orientarán nuestra existencia y, finalmente, nos ayudarán a conseguir el objetivo de la vida humana en este mundo: la felicidad.

En algunos textos bíblicos se habla de “conocer” (Os 2,22; Jr 9,23; Jn 10,14; 17,3.25) o de “conocimiento de Dios” (Os 6,6). No se trata de una actividad puramente intelectual, sino de una experiencia interpersonal, de un contacto con una presencia. Por eso, el verbo “conocer” también se utiliza en la Escritura para referirse a las relaciones íntimas de una pareja (Gn 4,1.17.25; Lc 1,34). En otras palabras, la fe implica conocer o saber algo de Dios.

#### *Fides qua creditur y fides quae creditur*

Son dos términos utilizados por teología clásica<sup>11</sup>. La *fides qua* hace referencia al acto de la fe y la *fides quae* al contenido; es decir, a la dimensión subjetiva y objetiva de la fe. La *fides qua* analiza el camino o proceso seguido por el creyente hasta llegar al abandono, a la confianza en Dios. Es un conocimiento reflejo porque intenta desandar los pasos dados antes de llegar a la fe. La *fides quae*, por su parte, se interesa por el contenido, por la doctrina, por el credo. Todas las religiones tienen elementos doctrinales que el creyente debe creer, confesar y celebrar en su culto.

En relación con la *fides qua*, podemos preguntar lo siguiente: ¿la fe es el resultado de una búsqueda del ser humano o es sólo iniciativa divina? En la historia humana podemos encontrar experiencias distintas. Nuestro parecer es el siguiente:

---

<sup>10</sup> Cuando nuestro cerebro funciona en un nivel alfa, aumenta su campo de intelectualidad, su memoria, su creatividad, la inspiración así como la percepción sensorial y extrasensorial. Las personas que practican la clarividencia, la telepatía o la precognición, lo hacen en un nivel de conciencia alfa.

La manera de entrar en este nivel es cerrar los ojos y dirigir la mirada hacia arriba en un ángulo de 20 grados; luego, con intervalos de 2 segundos, se comienza a contar de manera regresiva del 100 al 1. Al comienzo puede ser difícil lograrlo y, más aún, mantenerse en nivel alfa; pero con la práctica continua, durante varios días, se puede conseguir.

<sup>11</sup> Cfr. César IZQUIERDO. *Creo, creemos. ¿Qué es la fe?*, 2008.

el Misterio divino ejerce una atracción, una fascinación en el ser humano<sup>12</sup>. Este hecho pone en camino a la criatura para buscar a Dios. Ahora bien, el ser humano tiene que preparar el ambiente y prepararse personalmente para vivir y disfrutar de esa experiencia única e individual. Además de los elementos mencionados anteriormente, es necesaria una actitud fundamental: la humildad. Porque “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (Sant 4,6; Cfr. Mt 11,25). Una actitud orgullosa, soberbia, puede cerrar el camino al conocimiento del “Dios escondido” (Is 45,15)<sup>13</sup>.

Otra pregunta que nos podemos hacer en este apartado es la siguiente: ¿Qué busca el ser humano en Dios? Y la respuesta puede variar en cada caso particular: desde protección por sentirse desvalido o tener baja autoestima hasta apoyo o fortaleza para enfrentar las enfermedades, problemas y dificultades de cada día. Otros buscarán a Dios porque quieren que él les solucione sus problemas (providencialismo). Y no faltará quienes busquen a Dios por Dios mismo, porque les atrae su conocimiento y porque quieren portarse en el mundo como hijos adoptivos suyos, como siervos del Rey del cielo.

La *fides quae*, por su parte, tiene que ver con el contenido de la fe. Es lo que comúnmente se denomina doctrina o credo. Este elemento es común a todas las religiones y en todas ellas hay procesos (catecumenado, catequesis) que tienen como finalidad el conocimiento de la doctrina, del credo correspondiente. Este conocimiento es importante porque le permite al creyente saber en qué debe creer, qué debe confesar y qué debe celebrar con los demás fieles de la Iglesia o

---

<sup>12</sup> La predicación (Pablo: Rm 10,14) o el testimonio personal y comunitario (“Miren como se aman”: Tertuliano) pueden servir de apoyo en el camino hacia la fe, pero no son el centro de atracción. Hasta para llegar a la fe en Jesús de Nazaret es necesaria esta atracción del Misterio divino: “Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió” (Jn 6,44).

<sup>13</sup> En referencia al escondimiento de Dios, hay una coincidencia básica entre el creyente y el no creyente. Precisamente lo que hace posible el ateísmo es la no evidencia de Dios, el hecho patente de que Dios no se impone y de que no existe ningún argumento concluyente que nos obligue a afirmar su existencia. El creyente también está de acuerdo en que Dios no es una evidencia. Si existe, no hay modo de señalarlo con el dedo (eso sería idolatría). Por tanto, la diferencia entre el creyente y el no creyente no está en afirmar el ocultamiento o el silencio de Dios, sino en que el creyente afirma que, a pesar de este ocultamiento, Dios existe.

En la creación no hay signos evidentes del Creador. La grandeza del universo, la frondosidad de la naturaleza o la maravilla de la vida, plantean muchas preguntas. Científica y filosóficamente es posible dar distintas respuestas a estas preguntas. Unos dicen que el universo existe desde siempre y no necesita de ningún agente externo para explicarse. Otros concluyen que Dios está en el origen de todo lo creado. Estas respuestas, si son serias, tienen sus buenas razones, pero nunca son concluyentes y definitivas.

Una respuesta creyente, explicativa del silencio de Dios, es que Dios –que es Amor (1Jn 4,8)– no quiere imponerse, porque quiere ser aceptado libremente, ya que solo desde la libertad es posible el amor, y solo desde el amor es posible la salvación.

congregación. Este contenido es parte de su identidad religiosa y le ayuda a conocer los límites de la ortodoxia.

Estos “artículos” de la fe le dan al creyente seguridades, no certezas. No nos olvidemos que la fe no se apoya en evidencias, sino en promesas. Siempre hay un espacio para el abandono, para la entrega<sup>14</sup>, para la confianza. Sören Kierkegaard hablaba de la fe como un salto en el vacío<sup>15</sup>, sabiendo que en fondo está Dios para recogerlos.

## **2. La fe como consecuencia de una experiencia existencial de Dios o de Jesús resucitado**

Esa es la constancia que encontramos al analizar algunos textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. El símbolo más recurrente es el de la roca. Ella tiene que ver con lo firme, con lo consistente, con lo seguro. Sobre ella se puede construir una obra material (casa, monumento) o la vida misma (en sentido figurado). En el Antiguo Testamento es Dios (Sal 18,3; 31,4; 2 Sm 22,3); en el Nuevo Testamento es Jesús (1Co 3,11; Ef 2,20) o su Palabra (Mt 7,24-25). Hagamos una breve descripción de lo que hemos afirmado hasta ahora.

### **2.1. La fe en el Antiguo Testamento**

La palabra básica para la fe está formada de la raíz *heemin* (creer, confiar)<sup>16</sup>, raíz de la que deriva el conocido “amén”. El significado de esta palabra es, ante todo, de tipo formal, y quiere decir que una cosa es firme, fiable, que se puede estar sobre ella y construir sobre ella. Así son las relaciones de Dios con su pueblo: estables y de fidelidad.

La fe en el Antiguo Testamento es sinónimo de entrega y confianza. Creer en Dios es confiar en él. Yahvé es un Dios confiable por los signos que realiza en medio de su pueblo: “Y viendo Israel la mano fuerte que Yahvé había desplegado contra los egipcios, temió el pueblo a Yahvé, y creyeron [otras traducciones dicen: “puso su confianza”, “tuvo confianza”] en Yahvé y en Moisés, su siervo” (Ex 14,31).

Lo que debe ser la fe israelita aparece propuesta en un modelo: Abrahán. Este personaje no sólo está relacionado con los orígenes naturales y genealógicos del

---

<sup>14</sup> Cfr. Juan ALFARO, “La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano”, en: *Concilium* 21 (1967): 56-69.

<sup>15</sup> Cfr. *El concepto de la angustia*, 1840/1980.

<sup>16</sup> La versión griega del Antiguo Testamento llamada de los LXX traducirá el término, casi sin excepción, por *πιστεύειν*.

pueblo de Israel, sino también con los orígenes de la fe, verdadero fundamento de la existencia de este pueblo. La conducta de Abrahán, su vida, su historia, quedan elevados según el testimonio del Antiguo Testamento y –lo que es digno de atención– del Nuevo Testamento a la representación de lo que es la fe. Pablo le llama a Abrahán “padre de la fe” (Rm 4,11). De continuo se exalta la fe de Abrahán y se presenta como modelo: todos los que creen, creen como Abrahán, y son por ello hijos de Abrahán (Gal 3,6-9; Jn 8,39).

Según Génesis (12,1-9), Abrahán escucha la voz de Dios que lo invita a salir de su tierra. Él, contra su voluntad, se dirige hacia Canaán, hacia una tierra ocupada por otros pobladores<sup>17</sup>. Posteriormente, se le promete una descendencia numerosa estando en edad avanzada (Gn 15,4-6) y, cuando ha nacido su primogénito, Dios le pide que se lo sacrifique. Abrahán no sólo ha tenido que sacrificar su pasado (“Vete de tu tierra”: Gn 12,1) sino también su futuro (“Toma a tu hijo”: Gn 22,2).

De este testimonio quedan varias cosas: la fe de Abrahán es la respuesta a una palabra que se le dirige y que él discierne como proveniente de Dios. Abrahán confía en esa palabra, se fía de ella y responde con un “amén” (así sea). Ante la promesa de Dios, no titubeó ni desconfió sino que esperó contra toda esperanza. No se fía de sí mismo; al contrario, fundamenta su vida en Dios. Dicho de otra manera: Abrahán no sólo cree en Dios sino que le cree a Dios, a su Palabra, a su promesa.

## 2.2. La fe en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento encontramos elementos de continuidad, pero también de discontinuidad o ruptura con el Antiguo Testamento. El protagonista es Jesús de Nazaret. Todo el Nuevo Testamento se refiere a él. Según la Carta a los Hebreos, por ejemplo, Jesús es el iniciador y consumidor de la fe (12,2). Si la fe es abandono y confianza en Dios, Jesús es un creyente radical. Jesús es el consumidor de la fe porque vive en relación íntima con el Padre, está atento a su Palabra y hace su voluntad (Jn 4,34).

Si el Antiguo Testamento enfatizaba la fe como creer en Yahvé, el Nuevo Testamento nos habla de creer en Jesús. En labios de Jesús aparece esta petición: “Ustedes creen en Dios; crean también en mí” (Jn 14,1). Un texto que nos ubica en esta perspectiva es Mc 4,35-41: frente a una tempestad en el lago, contrasta la actitud de Jesús y la de los discípulos. Mientras los discípulos están asustados y llenos de miedo, Jesús duerme. Cuando lo despiertan, Jesús les dice: “¿Aún no tienen fe?”

---

<sup>17</sup> La familia de Abrahán era politeísta (Jos 24,2) y, probablemente, abandona Ur durante las revueltas ocurridas a la caída de la tercera dinastía. Se traslada a Jarán, al norte y sería allí donde recibe la invitación de Yahvé de continuar la marcha hacia Canaán.

En otras palabras: ¿Aún no creen en mí? El relato quiere mostrarnos a un Jesús fiable, en el cual se puede colocar la confianza. Su palabra es obedecida hasta por las fuerzas de la naturaleza y, por tanto, el ser humano puede estar tranquilo a su lado. Y, aunque al igual que el resto de mortales de este mundo, tengamos dificultades, problemas, fracasos o pasemos por enfermedades, depresiones o tristezas –porque la fe no nos inmuniza contra nada de eso– nosotros no estamos solos (Is 50,10; Sal 23,4); al contrario, contamos con una fuerza poderosa para superar el temor y salir vencedores (Jn 16,33).

### **2.3. “Donde está tu confianza, allí está tu fe”**

La fe entendida como confianza en Dios, concepto presente en la revelación bíblica, tiene hoy plena vigencia<sup>18</sup>. Parafraseando un texto evangélico, podemos afirmar: “Donde está tu confianza, allí está tu fe” (Mt 6,21). ¿Dónde está colocada nuestra confianza? ¿Cuál es el fundamento, la roca firme sobre la cual construimos nuestra vida? ¿Quién es el “señor” de nuestra existencia?

Jesús afirma: “Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará a otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. Ustedes no pueden servir a Dios y al dinero” (Mt 6,24). En este texto, el dinero aparece como un “señor” que compite con Dios. Tener dinero, bienes materiales, nos puede ofrecer cierta seguridad. Con dinero se puede conseguir poder, placer, fama, etc. Sin embargo, no todo lo puede conseguir o comprar el dinero. Con dinero se pueden comprar medicinas pero no salud, libros pero no sabiduría, una cama con un colchón muy confortable pero no el sueño, sexo pero no amor. Es más, hay personas que, al encontrarse en una situación límite como una enfermedad mortal o un descalabro económico, deciden retornar a Dios porque se dan cuenta que es el único que puede dar respuesta al punto sin salida al que han llegado. “Sólo Dios basta”, decía santa Teresa de Jesús).

## **3. La fe como respuesta del ser humano a Dios que se revela**

El ser humano posee una estructura dialogal: puede escuchar y responder. Esta estructura funciona a nivel de relaciones interpersonales, pero las religiones lo aplican también al plano espiritual. Santo Tomás hablaba de la potencia obediencial, es decir, de una capacidad receptiva del ser humana a una posible revelación de Dios. Esta

---

<sup>18</sup> Esta confianza termina en “entrega personal” del ser humano en las manos de Dios. Cfr. Juan ALFARO, “La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano”, en *Concilium* 21 (1967): 56-69.

perspectiva ha sido enfatizada de manera especial por el Magisterio eclesiástico. Así es posible constatarlo en dos concilios ecuménicos.

Tanto para Vaticano I como para Vaticano II, la fe es la respuesta que el ser humano da a Dios que se revela. Ahora bien, mientras Vaticano I enfatiza la dimensión doctrinal de la revelación (“los decretos eternos de su voluntad”: DH 3004), el Vaticano II afirma que Dios quiso “revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad” (DV 2). El acento se pone en la autocomunicación de su misterio interior<sup>19</sup>. Sin embargo, queda por analizar qué tanto hemos conocido del misterio divino a través de la revelación bíblica.

Esta respuesta implica la totalidad del ser humano, es decir, entendimiento y voluntad (DH 3008; DV 5). Además, es una respuesta que tiene que darse en un ambiente de libertad. La libertad del ser humano es finita, limitada, imperfecta, condicionada, etc., pero Dios la respeta. Tanto el creyente como el no creyente han hecho una opción en un ambiente de libertad. Vaticano I habla de obligación (“estamos obligados”: DH 3008); Vaticano II habla de “entrega entera y libre” (DV 5).

Para que el ser humano pueda dar esta respuesta, según Vaticano I, Dios le ofrece unos signos externos de credibilidad que son los milagros y las profecías (DH 3009). Finalmente, tanto para Vaticano I (DH 3008) como para Vaticano II (DV 5), es necesaria la inspiración y ayuda de la gracia de Dios para que el ser humano pueda dar esta respuesta.

#### **4. La fe como experiencia religiosa que afecta en positivo el comportamiento humano**

¿Cómo sabemos que esta experiencia religiosa es auténtica y no una simple ilusión o imaginación? Por los efectos, por las consecuencias: “Por sus frutos los reconocerán” (Mt 7,16-20). Toda experiencia auténtica de Dios cambia al individuo, lo transforma, lo hace mejor, lo capacita para amar. Quien dice: “Yo he conocido al Señor” o “Yo fui alcanzado por Dios”, tiene que confirmarlo en su vida diaria. Esa confirmación se llama “conversión” en lenguaje religioso. El infiel se torna fiel; el injusto comienza a obrar justamente; el tibio se apasiona por los asuntos de Dios, etc.

Es conocida la discusión que aparece planteada en la carta de Santiago (2,14-26) sobre la relación entre la fe y las obras. Según el texto, “la fe sin obras es estéril” (2,20). Un creyente tiene que distinguirse por sus obras, por su forma de comportarse

---

<sup>19</sup> Cfr. Carlos BRAVO, “La revelación. Cambio de perspectiva del Vaticano I al Vaticano II”, en *Theologica Xaveriana* 68-69 (1983): 261-269.

dentro y fuera de la Iglesia. Lo que se espera de un creyente es que sea un buen ciudadano, un buen empleado, una persona adornada de buenas virtudes, de buenos sentimientos. Lo contrario nos extraña y hasta nos llega a escandalizar.

En todo caso, la fe tiene que traducirse en una ética, en un estilo de vida. Todas las religiones contienen elementos éticos o morales para los creyentes. Quien los observe, será una persona obediente, virtuosa. Su actuar estará dentro de los límites de la ortopraxis. Quien los incumpla puede hacerse acreedor a sanciones de todo tipo: desde la suspensión, la expulsión o la pena de muerte en algunas religiones (en el Islam, por ejemplo).

La calidad humana de una persona la determinan sus obras, no sus palabras. Una persona que reza mucho podrá ser considerada “piadosa”; una persona que predica muy bonito podrá ser considerada un buen predicador, pero su calidad humana no la determinan sus rezos o su predicación, sino sus obras. Hasta en las redes sociales podemos encontrar mensajes como: “Tus palabras no te hacen mejor persona; tus acciones, sí”; “tus acciones siempre hablan más alto y claro que tus palabras”; “no eres lo que dices; eres lo que haces” o “tus acciones demuestran de qué está hecho tu corazón”.

En la vida cristiana sabemos que, “en el atardecer de nuestra vida seremos juzgados en el amor” (san Juan de la Cruz); es decir, el juicio divino versará sobre nuestras obras. Así aparece planteado en el evangelio de san Mateo (25,31-46). El bien que le hayamos dispensado al prójimo cuando lo vimos en necesidad contará en nuestro haber. En otras palabras, no será la fe proclamada o confesada la que nos hará partícipes del reino eterno sino las obras. De nada servirá haber dicho “Señor, Señor” y no haber cumplido la voluntad de Dios Padre que nos pedía amar sinceramente al prójimo (Mt 7,21).

## **5. La fe como una nueva visión para ver la realidad de otra**

Partiendo del libro del profeta Isaías (29,18; 42,7), en el judaísmo helenístico se elaboró un esquema que presentaba la conversión de un pagano al judaísmo como un “ver” o la iluminación de un ciego. En algunos pasajes del Nuevo Testamento, el simbolismo de la luz y del ver está relacionado con la conversión (Ef 5,8; 1Pe 2,9). En el libro de los Hechos se advierte claramente el influjo isaiano: la conversión de Pablo se describe como siguiendo el modelo luminoso de una visión (9,3) de conversión (9,17-18).

Un texto que se ubica en la línea que estamos desarrollando está en el evangelio de san Juan. En el capítulo 9 se nos narra la curación de un ciego de nacimiento. En un primer momento recupera la visión natural (9,7), pero al final del texto se nos informa de su llegada a la fe (9,38). La visión natural le permite ver su entorno, pero la fe lo capacita para descubrir en Jesús de Nazaret al Hijo del hombre de Daniel 7,13. En otras palabras, la fe es una visión que le permitió ver más allá de la humanidad del profeta galileo (9,17). Los fariseos, por su parte, son presentados como ciegos (9,39-41).

La fe nos ofrece una visión nueva para descubrir lo que no es posible ver con la simple visión natural. La visión normal es necesaria y valiosa, pero se queda en lo externo, en la epidermis, en las apariencias. Por eso es necesaria la visión que nos ofrece la fe porque nos capacita para ver en profundidad<sup>20</sup>. La fe le agrega un plus a la realidad, a las personas, a los hechos cotidianos. Para un creyente, en el acontecer de cada día opera la gracia divina y detrás de cada persona está presente una criatura de Dios.

## 6. Cuestiones varias sobre la fe

En este apartado nos proponemos algunas cuestiones que tienen que ver con la fe en el mundo actual. Las abordaremos de manera rápida por cuestiones de tiempo, aunque sabemos que ameritan un tratamiento más detallado y en profundidad.

### 6.1. Fe e increencia

Nosotros estamos viviendo en la actualidad los efectos de la Ilustración. Ella nos llevó a la secularización y, luego, al secularismo. La mayoría de edad propuesta por Kant nos llevó no solamente a la emancipación de lo religioso sino a su negación total<sup>21</sup>. El problema de Dios es que sobre él tenemos seguridades pero no certezas absolutas o metafísicas. En el creyente anida potencialmente el no creyente. En algunos momentos de nuestra vida nos preguntamos: ¿será verdad o sólo es una

---

<sup>20</sup> En el hinduismo dhármico se utiliza el concepto del "tercer ojo". Es un ojo invisible que le permitiría al ser humano ver más allá de lo que se podría ver con la vista natural. En la Nueva Era, el tercer ojo simboliza el estado de *iluminación* al que han llegado algunas personas. Los videntes, clarividentes o adivinos estarían dotados de este ojo invisible.

<sup>21</sup> "Ilustración significa el abandono por parte del ser humano de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta *minoría de edad* significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. *Uno mismo es el culpable* de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía del de algún otro. ¡Sapere aude! ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración". Cfr. ¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía, 83.

falsa ilusión? Los llamados “maestros de la sospecha” (Marx, Feuerbach, Nietzsche, Freud) afirmaban que Dios es una proyección de las limitaciones propias del ser humano y que la fe es un estado infantil en el desarrollo de la persona y de la humanidad. ¿Será que ellos tenían razón? ¿Será posible que tantos seres humanos en el mundo estemos equivocados? Sería una equivocación en masa, de enormes e incalculables proporciones. Sin embargo, al no creyente también lo acompañará la duda: ¿Y qué tal que sea verdad? Los creyentes, por nuestra parte, tenemos que dar razón de nuestra fe y esperanza (1Pe 3,15). En otras palabras: tenemos que mostrar y demostrar que la fe es una opción razonable, sensata, que le da sentido<sup>22</sup> y plenitud a nuestra existencia.

## 6.2. Fe y evangelización

Algunos predicadores y catequistas afirman que “Hay que compartir la fe”. ¿Es eso posible? Porque sabemos que la fe como tal es personal e intransferible. Yo no puedo darle un pedazo o una dosis de mi fe a un ateo para que se transforme en creyente. Solamente le podré contar mi experiencia de Dios, cómo llegué a la fe. El camino que yo recorrí, puede iluminar el suyo. Ese debe ser nuestro trabajo como evangelizadores y no otro. Los evangelios y algunas cartas de san Pablo son testimonios escritos de cómo los discípulos y Saulo llegaron a la fe en Jesús resucitado. No se trata de predicarse a sí mismo. El objetivo es anunciar a Aquél que transformó nuestra vida cuando pasó a nuestro lado y nos llamó por nuestro propio nombre.

No importa que el interlocutor sea un niño. Él también tiene –dentro de su estructura ontológica propia– la posibilidad de tener experiencia de Dios y de Jesús. Lo importante es crear el ambiente adecuado para que la experiencia de Dios sea posible. San Pablo afirmaba que la fe entra por el oído (“La fe viene de la predicación”: Rm 10,17); sin embargo, también es necesario ver (Jn 20,20). Ver la experiencia de Dios encarnada en la vida de un testigo es algo aleccionador. Pero también es fundamental “sentir”. Para que Dios no siga siendo una doctrina, un dogma o una teoría fría, es necesario sentir con nuestra estructura sensorial, con nuestra sensibilidad al Dios que vive. Por tanto, no debe faltar en una catequesis o en una reunión grupal el momento contemplativo, el momento para la oración. Ese es un espacio privilegiado para percibir la presencia amorosa de Dios.

---

<sup>22</sup> La cuestión del “sentido” ha sido planteada como una “cuestión de Dios” por algunos teólogos europeos. El ser humano busca en el mundo la felicidad, el amor, la plenitud. El mundo neoliberal nos afirma que todo esto nos lo puede ofrecer el tener, la riqueza, los bienes materiales. ¿Eso es verdad o sólo una ilusión? Los creyentes debemos mostrar que sólo Dios es capaz de llenar todos esos requerimientos del ser humano. Cfr. Walter KASPER. *Introducción a la fe*, 38-43.

### **6.3. La debilidad de la fe**

La fe depende, en última instancia, de testigos, de personas humanas. Allí está su fortaleza, pero allí también está su debilidad. No hay nada tan aleccionador como escuchar a una persona que nos cuenta su experiencia de Dios o de Jesús y nos lo confirma con sus obras; sin embargo, ahí también puede estar su talón de Aquiles. Puedo pensar que esa persona está delirando, que no está en sus cabales, que es un iluso, que está viendo fantasmas, que es un fanático, etc.

Además, hay que contar con las limitaciones propias del ser humano. No hay personas perfectas en el mundo que conocemos y la experiencia de Dios o la experiencia religiosa nos puede ayudar en nuestro proceso de crecimiento, de superación de nuestros defectos, vicios, debilidades o inconsistencias, pero no las desaparecerá del todo mientras caminemos en el tiempo y en el espacio. Dios es perfecto (Mt 5,48) y nosotros estamos llamados a vivir nuestra existencia como un proceso de constante superación ("sean perfectos"), con la ayuda de la gracia de Dios ("pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo": 1Co 15,10b).

Por tanto, quienes esperen de un creyente una persona perfecta, se van a llevar muchas desilusiones, y todos los creyentes que pretendan mostrar una perfección que no poseen, terminarán en grandes decepciones o frustraciones. Lo ideal es aceptarnos como un proyecto que, en la medida que se deja moldear por el Alfarero divino, se irá convirtiendo en una obra cada vez mejor lograda (Jr 18,1-6). Mientras caminamos por este mundo somos instrumentos imperfectos al servicio de la fe. La perfección plena solamente la alcanzaremos y viviremos en la escatología.

### **6.4. "Señor, auméntanos la fe"**

Así le dicen los discípulos a Jesús en el Evangelio de Lucas (17,5). Para los interlocutores de Jesús, la fe es cuestión de cantidad. La petición parece suponer que hay poca fe en los Doce y es necesario aumentarla, cuantitativamente hablando. Sin embargo, la respuesta de Jesús dispara para otro lado: "Si tuvieran fe como un grano de mostaza..." La cuestión, por tanto, no es de cantidad sino de calidad. El grano de mostaza se parece a un comino; es algo diminuto, insignificante a la vista humana. La fe no se mide por la cantidad sino por la calidad. No importa que sea mucha sino de buena calidad. Si nuestra fe está fundamentada en una experiencia auténtica de Dios, nadie la moverá (es más, no se puede perder) y nos capacitará para realizar cosas que, aparentemente, son imposibles o muy difíciles (como mover montañas: Mt 17,20).

## **6.5. La Iglesia católica, ¿motivo u obstáculo para la fe?**

“Jesús, sí; Iglesia, no”: “Yo creo en Dios, pero no creo en la Iglesia católica”. Éstas y otras frases análogas se han hecho emblemáticas para muchos de nuestros contemporáneos, que se declaran creyentes al margen de la Iglesia católica. Con ellas expresan severas reservas frente a la Iglesia católica, a la vez que continúan confesando su adhesión a la fe cristiana, o una alta estima por la persona de Jesús de Nazaret.

La cuestión de fondo es la siguiente: A nivel histórico –no a nivel meramente teórico–, ¿es hoy la Iglesia católica un motivo de credibilidad o un obstáculo para la credibilidad de la fe cristiana? ¿Facilita la Iglesia católica el acceso a la fe en el Señor Jesús o lo hace especialmente difícil? ¿Es la Iglesia católica un signo visible y creíble del Evangelio en medio de la historia humana o supone, más bien, un ocultamiento del Evangelio del Señor Jesús para el hombre y la mujer contemporáneos? Cualquier respuesta simplista le haría un flaco favor a la fe cristiana.

Cuando estos interrogantes son planteados al margen de la fe cristiana, el impacto en la reflexión teológica es menor. Efectivamente, en ese caso sólo reflejan una interpretación sociológica de la Iglesia católica. Ésta es vista y analizada como una sociedad entre otras, como un grupo social, como una institución, como un fenómeno social de carácter profano. En este sentido, no parece implicada la fe en este asunto. Sin embargo, la teología no debería sustraerse fácilmente a los interrogantes implícitos en dicho análisis. El hecho de que la Iglesia católica pueda ser reducida a un fenómeno social, deja entrever su carencia de significación trascendente, su escaso valor significativo a nivel teológico. Y si la teología ha de ser esencialmente misionera, no puede soslayar los interrogantes que este hecho suscita para la misión eclesial, más allá del ámbito de los creyentes.

## **Referencias bibliográficas**

- Alfaro, Juan, “La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano”, en: *Concilium* 21 (1967): 56-69.
- Bravo, Carlos, “La revelación. Cambio de perspectiva del Vaticano I al Vaticano II”, en *Theologica Xaveriana* 68-69 (1983): 261-269.
- Fries, Heinrich. *Teología fundamental*. Barcelona: Herder, 1987.
- Izquierdo, César. *Creo, creemos. ¿Qué es la fe?* Madrid: Rialp, 2008.
- Kant, Immanuel. *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía*, Madrid: Alianza, 2004.

Kasper, Walter. *Introducción a la fe*. Salamanca: Sígueme, 1982.

Kierkegaard, Sören. *El concepto de la angustia*, 1840/1980.

Martínez Díez, Felicísimo. *Teología fundamental. Dar razón de la fe cristiana*. Salamanca: San Esteban, 1997.

Velasco, Juan Martín, "Experiencia religiosa," en Casiano FLORISTÁN y Juan José TAMAYO (eds.). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid: Trotta, 1993.